

*La Verdadera Historia de los Incas**

(*DEFORMACIONES IDEOLOGICAS EN LA HISTORIA OFICIAL
DEL ANTIGUO PERU*)

*Por Dick Edgar IBARRA GRASSO,
Director del Museo Arqueológico. Uni-
versidad Mayor de San Simón, Cocha-
bamba, Bolivia. Colaboración especial
para la Revista Mexicana de Sociología.*

COMENTARIO

Las líneas siguientes demuestran, creemos, que la historia Incaica ha sido falsificada por los mismos Incas (más concretamente por el noveno de ellos, Pachacutec), con objeto de borrar la existencia de una anterior subyunción, una dependencia, del Reino Aymara de Hatun-Colla.

Este capítulo está destinado a examinar en detalle una valiosa obra de crítica sobre la historia Incaica, en la cual no aparece tanto el aspecto histórico como el mitológico, o sea, las tradiciones que los indígenas tenían sobre las épocas más remotas de su pasado; más propiamente incluso, de su concepción del mundo y de su historia.

En ello aparece una multitud de rasgos inmediatamente relacionados con la historia mesoamericana y sus igualmente míticos "Soles"; en la zona andina existieron concepciones semejantes a esos "Soles", que también se registran en la cultura mexicana; pero la mayor parte de eso había sido *borrado* por la falsificación dicha de Pachacutec. Sin duda, anteriormente, las creencias existentes eran mucho más semejantes a las mexicanas.

Importa señalar que en México hubo también un monarca, Izcoatl, que también mandó arreglar la historia a su manera; no sabemos si de ello se ha hecho un estudio en donde se aclare qué es lo que hizo alterar de las ideas anteriores, o si, incluso, lo que mandó alterar y dejó es lo que hasta ahora pasa por ser la historia más antigua de aquellas regiones.

* El presente estudio corresponde al capítulo IX de la obra titulada *La Verdadera Historia de los Incas*, que próximamente será editada por el autor.

PACHAKUTI IX Y "EL INKARIO CRÍTICO" DEL DR. IMBELLONI

1. UNA OBRA FUNDAMENTAL DE CRÍTICA SOBRE LA HISTORIA INCAICA. Hace algo más de diez años, exactamente en 1946, se publicó en Buenos Aires la obra titulada "*Pachakuti IX (El Inkario Crítico)*" del doctor José Imbelloni, obra que forma parte de la colección "Humanior", Biblioteca del Americanista Moderno, Sección D, tomo 2, dirigida por el mismo autor.

Dijimos ya que esta es una obra fundamental en la crítica sobre la historia del Imperio Incaico, y lo repetimos sin dudar, pero ello no quiere decir que estamos en todo de acuerdo con ella. Propiamente, allí encontramos aclarados unos cuantos hechos importantes de la historia Incaica, pero los hechos fundamentales más importantes de ella no aparecen siquiera en la misma.

Imbelloni, en su obra, estudia fundamentalmente el nombre y el significado de la palabra "*Pachakuti*", y de allí nos lleva a descubrir las fuentes mitológicas de la historia Incaica; se hunde, en forma como no lo ha hecho ningún otro autor, en la larga serie de reyes de la dinastía o lista larga de Montesinos, y nos descubre allí su razón de ser mitológica y la función que tenía; compara esos hechos de comprensión mítica del mundo (hechos "científicos" para los que en eso creían) con los hechos similares que aparecen en los comienzos de la historia en otros pueblos del mundo, particularmente con la historia romana, y ello le sirve para aclarar y ordenar varios hechos del comienzo de la historia mítica Incaica, y así, en este sentido, su obra es valiosa e indudablemente ha contribuido como pocas a aclararnos estos intrincados problemas.

Pero, nos preguntamos nosotros, después de haber leído multitud de veces sus páginas, en procura de captarla íntegramente, ¿dónde está allí la crítica, el estudio crítico, de la historia Incaica? De la historia real, que ha debido de suceder en la forma que sea, y que es menester aclarar. Confesamos no hallarlo sino en parte mínima. Imbelloni nos reconstruye, con esforzado trabajo, el cuadro de conjunto con que se elaboraron los materiales míticos de la época más antigua de los Incas, materiales que incluso están mucho más allá de la historia "oficial" hecha por Pachacutec, pero nos deja en blanco la parte histórica propiamente dicha.

Además, y esto es más grave, a pesar de señalarlos expresamente que los Incas no nacieron de la nada, en un medio de *behetriás* sin cultura, sino que su historia tiene que entroncarse con la de todas las otras civilizaciones indígenas de la región Andina, al final resulta que en lo poco que nos dice de la historia, esa historia no se diferenciaría en nada de las historias comunes, más propiamente incluso de la historia de Garcilaso que de la historia "oficial", con el agravante de que hay momentos en que parece que la imagen última del Imperio Incaico en toda su extensión, se traslada poco menos que íntegra a las primeras edades.

También hallamos fallas en lo mismo que investiga más a fondo. La principal de éstas es que, a pesar de poner el nombre de *Pachakuti* en el mismo título del libro, y a pesar de haber dedicado muchas páginas al análisis del significado de esta palabra, que propiamente forma el tema y el pretexto del libro, no consigue traducirla en su real significado; es decir, sí consigue una traducción completa y perfecta de las palabras indígenas que integran ese nombre, pero con ello en la mano no obtiene la comprensión de lo que significa la palabra en su sentido mítico y cosmogónico.

2. IMBELLONI Y LOS CRÍTICOS DEL INCARIO. Luego de una sustanciosa "Introducción", en donde nos identifica la época de las *behetrias* con los tiempos míticos, y con la "cuarta Edad", de los Enemigos o Guerreros, según ya hemos tratado, Imbelloni entra en la primera parte de su obra, y en ella comienza por tratar a los que anteriormente han hecho crítica de la historia Incaica.

En la misma "Introducción" hallamos algunas cosas que comentar. En primer lugar, página 9, nos dice que el "capitán Sarmiento de Gamboa y el Padre Bernabé Cobo" han hecho sus historias de los Incas acumulando los datos proporcionados por los otros autores; eso es parcialmente cierto para el segundo, Cobo, que con todo estuvo en el Perú y algo obtuvo por sí mismo, pero de ninguna manera lo es para Sarmiento cuya obra se basa toda en materiales recogidos de primera mano por el autor. Lo advertimos para que no se use eso en desmedro de Sarmiento.

Otro punto de interés está en la página 19, en donde nos dice que Pachacutec "cuya inexistencia carnal forma el objeto nuclear del libro", etcétera, o sea claramente que *Pachacutec no existió*, pero luego de afirmación tan rotunda nos encontramos con que *sí existió* bajo el nombre vulgar de Inca Yupanqui.

Pasaremos ya a tratar los críticos del Incario:

Los principales autores que han hecho crítica de la historia Incaica y que nos presenta Imbelloni, son, en primer lugar: Manuel González de la Rosa, peruano, que presentó a las sesiones del XVII Congreso de Americanistas (de Buenos Aires, 1910) un trabajo sosteniendo el carácter mítico de Manco Capac, en razón de que si se lo presenta saliendo de la tierra (o de la "cueva de la Aurora") en una primera edad, no es más que una personificación del primer hombre, como Adán en la narración judía y Manu en la indostana.

Segundo autor crítico es Max Hule, que presentó otro trabajo al mismo Congreso, en el cual sostuvo que el título de *Manku* no es quichua sino aymara (*Mallku*, Señor de vasallos), y que Manco Capac representaría al último *ayllo* llegado a la zona del Cuzco, siendo de procedencia Aymara. Esta primera parte de la historia Incaica resumiría así una época mítica, a la cual seguiría otra, la de los *Sinchis*, jefes militares temporales y elec-

tivos, a la cual corresponderían los cuatro personajes siguientes a Manco, o sea los soberanos originarios de *Hurin-Cuzco*; con Inca Roca comenzaría la verdadera dinastía Incaica, pero en realidad “toda la tradición como unidad es una farsa” (Uhle), y únicamente parecen verosímiles los datos concernientes a los soberanos últimos, a contar desde Pachacutec.

El tercero de los críticos es Arthur Posnansky, que en el XX Congreso Internacional de Americanistas (de Río de Janeiro, 1922) hizo una crítica radical y desordenada de la historia Incaica, en la cual sólo los datos sobre Huayna Capac serían más o menos históricos, y todo lo anterior a él sería historia Aymara, de luchas entre diversos jefes.

Seguimos con el profesor Ricardo Latcham, que publicó en 1928 un libro titulado “*Los Incas, sus orígenes y sus ayllus*”, en donde rechaza la sucesión hereditaria de la dinastía; Manco podría haber existido, pero como jefe de un *ayllu* colla que emigrara hacia el Cuzco.

Los elementos que utilizan Max Uhle y Latcham para elaborar sus teorías interpretativas, son que las palabras *manku* y *sinchi* no son quichuas sino aymaras; *manku*, como han sostenido también otros autores, no es sino la palabra *mallqo* del aymara, que significa “dueño de vasallos”. Posnansky agrega a ello que el título *inka* no es más que el aymara *huillka*, que significa “el caudillo”.

Imbelloni acusa a Posnansky de que con su teoría “toda la historia tradicional del Perú habría que modificarla en sentido boliviano” (página 37); lo mismo creemos que podría decirse de Uhle y Latcham, pero el autor no lo llega a hacer.

Luego de esto, Imbelloni nos indica que la crítica también había observado lo siguiente:

“En cuanto a los soberanos de la segunda mitad del Inkario, ya se venían madurando otros motivos de incredulidad con respecto 1º, a la inverosímil riqueza de acontecimientos contenida en el historial de Pachakuti o Pachakuteq; y 2º, a la narración en ‘partida doble’ de las guerras de conquista que llevaron a la constitución del Tahuantinsuyu, conquistas que una vez son atribuidas a los reyes del período de *Urin-Cosqo*, incluyendo a Manku, y otra asignada a los tres últimos que precedieron a los españoles.” (Página 33.)

José de la Riva Agüero formuló la interpretación que Pachacutec tuvo la fortuna de “recolectar” sobre sí las glorias de gran parte de la dinastía, es decir, se transformó en “héroe nacional” y se le atribuyeron hechos de otros varios monarcas. Lo mismo que ocurrió en Egipto con Ramsés II y en Roma con Servio Tulio.

“En lo que atañe a la imagen de un Pachakuti, personaje real, pero ficticiamente enriquecido con la savia histórica de toda la última porción del Inkario...”. (Página 37.) Creemos en que habíamos quedado en que no existió.

Las semejanzas con la historia romana se multiplican:

“... Tanto en Roma como en el Cuzco la narración tradicional se abre con una ‘saga de fundación’, y en ella juega el papel principal un héroe conductor de *Ayllu-kuna* y *gentes* respectivamente, cuya marcha se detiene en la ribera de un río: el Tíber y respectivamente el Huatanay; allí una laguna en el centro de la ciudad, donde se levanta el *Palatium*; aquí otra sobre cuyas ciénagas se construye el *Intiwasi* (más tarde llamado *Inti-kancha*), ambos sobre postes clavados en el lodo, a guisa de palafitos. Siguen a Manku, en el Cuzco, cuatro *sinchi*, o jefes electivos, y a Rómulo, en Roma, cuatro *reyes* igualmente electivos, desde Titus Tatius hasta Tullus Ostilius; el grupo de jefes peruanos salidos de los *ayllu-kuna* de *Urin-Cosqo* comparable a los romanos elegidos dentro de las gentes *Titii-Ramnes*, y el grupo de *Hanan-Cosqo* homólogo a la elevación de los *Luceres* o Etruscos. Desde el *sinchi* Ruqqa hasta Máyta, el gobierno doméstico y localista de *Urin-Cosqo*, análogo, en la construcción de las bases legislativas y religiosas, al de los romanos de Titus a Tullus, y por la otra parte el gobierno absolutista y renovador desde Inka-Ruqqa hasta Wayna, en concordancia estricta con las tendencias y las reformas de los Tarquinos. Agréguese que en ambas hileras se levanta un personaje tradicional reformador por excelencia, quien no sólo atrae bajo su nombre gran parte de la historia dinástica, sino es también autor de la compilación historiográfica oficial, y su casilla ocupa en ambas listas un lugar simétrico, porque solamente uno o dos monarcas lo separan del proceso disolvente que da por tierra con la respectiva dinastía.” (Páginas 38-39.)

Confesamos no tener ninguna noticia sobre algunos de los datos que figuran aquí, como eso de que el *Intihuasi* se construyó con postes como un palafito, lo mismo de los cuatro *sinchis* electivos (que está sencillamente tomado de la interpretación teórica de Uhle); pero lo que importa ahora es la noción interpretativa. La historia ha sido “fabricada” siguiendo una norma mítica que se ha difundido por los dos lugares dichos.

3. IMBELLONI Y LAS SERIES DINÁSTICAS “CORTAS”.—“En palabras más claras, nos sorprende ver que los autores que se han consagrado a volver evidentes las inconsecuencias del Inkario oficial, en lo que concierne al historial de Pachakuti y a la reduplicación de las conquistas, de modo alguno se han atrevido a tocar la lista tradicional —tal como lo hicieron los críticos de Manku— y la reproducen con el más religioso respeto. Ahora bien, si se considera comprobada la duplicación de hazañas, si se ha puesto legítimamente en claro que hay redundancia de actores y deficiencia de materia histórica, o de hechos, lo más espontáneo que se presenta al intelecto es la conveniencia de abreviar la lista. Sin embargo, nuestros autores ¡sorprendente conducta lógica!— después de arremeter furiosamente contra antiguos cronistas y autoridades modernas sin ahorrar las punturas del sarcasmo, y de derribar sin consideraciones piadosas ídolos literarios y

autoengaños patrióticos, cuando llega el momento de solidificar lo adquirido en una modificación de la Capaccuna —que es lo único que interesa a la ciencia y a cuantos presenciamos esta disputa sin apegos personales ante la simple idea de tomar en mano la esponja experimentan el efecto inhibitorio más absoluto.” (Página 41.)

Como vemos, para Imbelloni, aquí, hay Incas además y pocos hechos históricos para distribuirlos entre todos ellos.

De aquí procede al análisis de lo que dice Morúa, y observa que éste pone en su historia a dos *Pachacuti Inga Yupangui*, el primero como hijo de Manco Capac y hermano de Sinchi Roca, pero lo rebaja a la categoría de “Infante y Capitán”; Imbelloni supone que Morúa recogió primero, en Puno, una tradición “provincial” en donde sólo figuraban cinco Incas anteriores a Huascar; luego se encontró con la tradición “oficial” y procuró amalgamar ambas. Procurando reconstruir la primera versión de Morúa, tendríamos:

- 1º Manku Qhápaq.
- 2º Sinchi Ruqqa.
- 3º Pachakuti Inka Yupanki=Lluki Yupanki.
- 4º Túpaq Inka Yupanki=Qhápaq Yupanki.
- 5º Wáyna Qhápaq.
Wáskar,

que de ningún modo representa un hecho singular, porque es análoga a la lista consignada en 1570 por los informantes del virrey Toledo en la ciudad de Concepción de Jauja:

- 1º Manku Qhápaq, padre de
- 2º Pachakuti Inka Yupanki.
- 3º Túpaq Inka Yupanki.
- 4º Qhápaq Yupanki.
- 5º Wáyna Qhápaq.
Wáskar. (Páginas 42-43.)

En Huaman Poma de Ayala encontramos también un “Inka Yupanki Pachaquaticheq”, “capitán e infante”, que fue hijo de Manco Capac, y que en su biografía, lo mismo que en la de Morúa, asume características de haber tenido reinado.

“Si ahora reflexionamos que no sólo las versiones de Puno y Jauja, y posiblemente de la provincia de Lucanas, sino también la Relación de “los señores que sirvieron al Inka Yupanki y sus sucesores”, publicada por J. T. Medina, trae únicamente los cinco reyes que precedieron a la llegada de Pizarro, y agregamos que el licenciado Santillán se limita a enumerar los mismos, mientras una tradición análoga es recogida por Pedro Pizarro, de la manera que sigue:

RELACIÓN DE LOS SEÑORES, ETC.	SANTILLÁN	PEDRO PIZARRO
1. Pachakuti Yupanqui.	1. Pachacoch.	1. Vira Cocha, Primer Inga.
2. Viracocha Yupanqui.	2. Viracochay.	2. Topa Inga.
3. Inga Yupanqui.	3. Capaj Yupanqui.	3. Inga Yupangui Pachacuti.
4. Topa Inga Yupanqui.	4. Inga Yupanqui.	4. Anga Amaro Inga.
5. Cjuainacapac.	5. Guayna Capac.	5. Guaina Capa.

(Imbelloni, pág. 48.)

Prescindiremos de pequeños errores que se advierten aquí, como el poner en la lista de Jauja a Capac Yupanqui como Inca, cuando no era sino el hermano de Pachacutec como se puede ver revisando el capítulo anterior, lo mismo en Santillán (donde, en cambio, Imbelloni se olvidó de Tupac Yupanqui).

Revisando estas listas, que corresponden a reyes de Hanan-Cuzco, se advierte que ellas tienen una existencia independiente, y como Manco Capac, a veces, figura encabezando listas de este estilo (ver la lista de Jauja), descubrimos que su función no es encabezar la lista de Urin-Cuzco, sino que es el: "...epónimo del poblamiento del valle del Huatanay... indiferentemente, dada esta representación, puede Manku encabezar tanto la serie que termina con Wáyna Qhápaq como la otra que en Betanzos termina con Máyta Qhápaq.

"Se descubre de este modo, no sin sorpresa, que la Capaccuna oficializada está compuesta por la unión de dos series: A) y B), construidas de manera simétrica. Llamamos serie B) la que comienza con Sinchi Ruqqa y continúa con el grupo de los Yupanki, dentro del cual se destaca el que recibe el nombre de Lluqui Yupanki, y serie A) la que comienza con Inka Ruqqa y continúa con el 2º grupo, homólogo, de los Yupanki, dentro del cual se distingue el que recibió el apodo de *Pachakuti*. La posición de Lluqui Yupanki en la serie de Urin-Qozqo es perfectamente simétrica a la de este Inka Yupanki Pachakuti en la serie de Hanan-Qozqo; la versión de Puno llega a confundirlos en una sola persona, haciendo a Pachakuti hijo de Manku. En otros ambientes provinciales esta creencia ha sido igualmente tenaz. *Que Pachakuti fue hijo de Mango Qhápaq* lo sostiene ante notario en información jurada al testigo don Baltazar Guaman Llamoca, hijo del cacique principal de los Soras, a los 14 de diciembre de 1570, en el pueblo de Guamanga. Por fin, en el gentilicio A), Wiraqocha ocupa una casilla análoga a la del iniciador del gentilicio B),

y además la función atribuida a los Ayar-kuna; lo atestigua la información de don Antonio Guaman Cucho, cacique principal del pueblo de Chima (14 Dic. 1570) quien sostuvo que *Viracocha Inga había salido del agujero de Tampu Tocco*. Un cronista de la autoridad de Betanzos, a pesar de que coloque en el frontis la famosa Capaccuna oficializada, en el texto, luego, dedica sólo parte del capítulo V al grupo B) y pasa inmediatamente a la historia de Wiraqocha y su sucesor Pachakuti (grupo A), a los que dedica bien 13 capítulos, del VI al XVIII." (Páginas 49-50.)

"Ya podemos, sin embargo, asentar, a guisa de primer corolario, la proposición general que la Capaccuna del Cuzco, así como la traen los cronistas principales, *se compone de dos listas que son la repetición de un mismo modelo.*" (Página 51.)

En las listas de las Reinas, o *Coyas*, según lo viera hace tiempo Otto von Buchwald, se repite también la serie, con los mismos nombres. La serie A), que es más reciente, es la original, y sobre ella se ha construido la que figura como más antigua, o serie B).

"Segundo corolario es que las versiones preservadas en lugares provincianos, apartados de la influencia del centro político, *contienen una serie única*, que da la impresión de haberse engendrado por contracción de la Capaccuna oficializada, por el hecho que a menudo comienza con Manku, mientras termina siempre con Wáyna. En realidad, su estructura depende del *no contener duplicaciones y presentar una única vez la materia histórica y onomástica del relato fundamental.*

"En tercer lugar, y con la rigurosa prudencia que se impone al interpretar cosas tan oscuras y lejanas, concebimos que la causa de la reduplicación perpetrada en el Cuzco consiste en la necesidad en que se vieron los compiladores de genealogías y cantores de gestas, de construir una guirnalda de nombres y elementos épicos, destinada a circular entre los ayllu-kuna de Urin-Qosqo, que no demeriera al ser comparada con la lista de Hanan-Qosqo..." (Páginas 52-53.)

"Por último, deduciremos que también los historiales de la serie A), o conquistadora, han sido repetidos con leves modificaciones para llenar los casilleros simétricos de la serie B), en asociación con los nombres respectivos, y ello es reconocible aún hoy, a pesar de que las exigencias de la lógica y la verosimilitud aconsejaron, a los cronistas que sobre esto escribieron, de insertar un cierto número de atenuaciones." (Página 54.)

En verdad, la serie de citas, que nos presentan el pensamiento de Imbelloni con suficiente claridad, nos dejan una sensación de sorpresa. Efectivamente, de ellas resulta que toda la serie B), o antigua, los supuestos primeros Incas y sus hechos, han sido elaborados posteriormente y se les han atribuido hechos históricos más recientes, duplicándolos. Garcilaso no hizo más que ampliar en grande eso mismo.

Con todo, no se crea que Imbelloni sostiene que sólo existieron esos

cinco Incas antes de Huascar; ahora tenemos que completar la presentación de su pensamiento interpretativo.

4. **IMBELLONI Y EL NÚMERO DE LOS REYES INCAS.**—“En mi fuero íntimo, me encuentro bien lejos de creer que la sucesión de los soberanos del Cuzco comprendiese únicamente cinco reyes. Muy al contrario, he adquirido la certeza que a partir desde el comienzo de la monarquía del Huatanay y llegando hasta el soberano que precede al que se apoda Pachakuti, debemos calcular que transcurrieron 500 años; los fundamentos de esta persuasión están contenidos en las averiguaciones cronológicas de mi Memoria sobre la Capaccuna de Montesinos. En segundo término, opino que ese mismo lapso estuvo representado en las genealogías de los rapsodas peruanos por una serie de diez nombres de reyes, de acuerdo a lo que allí mismo he puesto en claro mediante el análisis de las listas de Fernando de Montesinos y Blas Valera. En tercer lugar, que de ningún modo esa sucesión de diez reyes puede estimarse valedera para llenar un período de quinientos años, pues aun empleando el criterio de las generaciones, que se aplica a la sucesión directa de descendientes consanguíneos, y cuya fórmula para encontrar el número de reyes que reinaron en N años es $N. 3/100$, veríamos que un período de quinientos años reclama la sucesión de quince soberanos consecutivos. Prescindiendo de ellos, todos distinguen con claridad que si colocáramos en quinientos años únicamente diez soberanos, ya se trate de sucesión hereditaria, ya simplemente electiva, tendríamos la duración media de cada rey igual a cincuenta años, y ésta es de todo punto de vista excesiva e increíble. Y por último, entroncando nuestra indagación analítica en la historiografía transmitida por tradición escrita, fácil resulta averiguar que cuando Garcilaso asigna al total de los reyes Inka la duración de cuatrocientos años, se queda corto, pero no así Blas Valera, quien dice “que fueron más de quinientos, y cerca de seiscientos” (*Comentarios*, página 32, 1). En efecto $600.3/100=18$, y tres son los reyes que siguieron al jalón señalado por el Pachakuti, tan próximos ya a la Conquista, que sobre su real existencia no conciben duda ni Uhle, ni el mismo Posnansky. Este número dieciocho, que deducimos de la cronología de Blas Valera, es el más aceptable, especialmente si lo repartimos del siguiente modo:

Del Fundador al Pachakuti <i>exclusive</i>	15 reyes
Del Pachakuti a Wáyna <i>inclusive</i>	3 ”
	18 reyes.”

(Páginas 54-7.)

Hay otra serie de sorpresas aquí, y la primera es que la dinastía ha aumentado bastante el número de sus miembros, cuando en los párrafos

anteriores la habíamos visto disminuir. La razón fundamental de la cual Imbelloni saca esta interpretación, es, como se ha visto, que acepta obligadamente según sus investigaciones sobre la lista dinástica larga de Montesinos, que antes de Pachacutec transcurrieron quinientos años y, naturalmente, no es posible llenar ese tiempo con reyes longevos en forma continuada. Esto a pesar de las cifras fabulosas en la edad que atribuyen a los Incas algunos cronistas, comenzando por Huaman Poma que les da un promedio de vida de 136 años, y Sarmiento que les da 85.

Esas cifras provienen, sencillamente, de que estos autores han querido hacer iniciar la serie de los Incas en relación con una fecha especial, y por ello estaban obligados o aumentar el número de reyes o a hacerlos longevos, y prefirieron el segundo camino por el hecho de que el número de los Incas ya estaba establecido en la serie oficial.

Esa cifra es continuadamente de once en casi todos los cronistas. Y esto nos lleva a lo siguiente:

En todos los pueblos de civilización primitiva, al comienzo de su historia, hallamos una serie de datos míticos, dinastías divinas, etc., que son difíciles de separar de los verdaderos comienzos de los hechos históricos:

“...nadie tuvo en sus manos el medio de separarlo, hasta que Ewald en 1842 proclamó que las dinastías fabulosas (divinas, heroicas y epónimas, o simplemente populares) son reconocibles por el hecho que su estructura obedece a una ley de simetría, y cada una comprende diez miembros, verdaderos ‘número sacramental’. Pocos años después F. Delitsch procedió a analizar las dos series de Shetitas y Queinitas del *Génesis*; luego J. Oppert y F. Lenormant ampliaron este fecundo campo de investigación. He aquí algunos ejemplos deducidos de las tradiciones del Oriente clásico:

- a) Los diez patriarcas hebreos, de Adán a Noah (*Génesis*).
 - b) Los diez reyes de la primera dinastía de Babilonia (*Beroso*).
 - c) Los diez Patriarcas de Shem a Terah (*Génesis*).
 - d) Los diez Epónimos de las generaciones de Tares a Davih (*libro de Ruth*).
 - e) Los diez Epónimos reales de Armenia (*Moisés de Khorenas*).
 - f) Los diez reyes Peshdadios de la epopeya persa (*Firdusi*).
 - g) Los diez Pitris, o ‘Padres’ que descienden de Brahma (*Manava-Dharma-Sastra*).
 - h) Los diez períodos divinos de la China desde Pán-ku, el primer hombre, hasta Hoang-ti, el primer emperador histórico (*prehistoria China, en Pauthier*).
 - i) Los diez antecesores de Odín en los orígenes escandinavos (*Edad*).
 - j) Los diez reyes árabes del período antiguo, o de Ad, (*Abulfeda*).
 - k) Los diez reyes de la dinastía egipcia de los dioses (*Papiro de Turín*), etc.”
- (Páginas 60-61).

El número diez ha dominado en todas estas reconstrucciones mitológicas, y cuando él no existía en la realidad, o cuando existía otro de tipo anterior, por ejemplo el siete, se lo ha aumentado hasta obtener ese número.

En el Perú ha ocurrido lo mismo con la lista Incaica; se ha elaborado una lista de diez reyes y enviádola al pasado, si faltaron reyes han sido aumentados, si sobran se quitaron. De ahí la fórmula numérica que domina en la dinastía "oficial".

En la historia Incaica hay unos pocos documentos, cuatro exactamente, que nos dan una lista mucho más larga, de la cual se ha reducido la lista consagrada.

5. IMBELLONI Y LA LISTA "LARGA" DE LA DINASTÍA INCAICA.—Llegados aquí, tenemos que presentar la elaboración que Imbelloni hace de la lista "larga" de la dinastía Incaica, trabajo sobre el cual ha hecho una extensa monografía dedicada a Montesinos.

En esa monografía nos resulta fundamentalmente a que el nombre *Pachakuti* no ha sido originariamente, el nombre propio de un rey sino la palabra con que se designaban los finales catastróficos de los períodos mitológicos concebidos por los indígenas; esos fenómenos han sido *cuatro*, como lo son los cuatro Soles de México y las cuatro Edades clásicas de Grecia.

Los soberanos que se ubicaban en esos períodos eran llamados *Pachakuti* y hubo *nueve* de ellos, pues no sólo se contaba el final de cada período sino sus partes medias.

Vamos ya a las citas:

"1º Alcanzamos a advertir en la primera época de la Colonia, en el Perú, los vestigios de una lista de soberanos compuesta por un centenar de miembros, y estos vestigios tomaron forma historiográfica en las *Memorias* de Montesinos, pero antes en el *Vocabulario* del Padre Blas Valera y la *Relación* del Anónimo Jesuita, que debe ser atribuida al mismo autor. Los totales de nombres son: Blas Valera, noventa y tres reyes hasta el primer Inka del Cuzco (*exclusive*); Montesinos, noventa y dos en la edición de la Biblioteca Universitaria, noventa en la del Convento de la Merced y ochenta y ocho en la primera redacción de sus *Memorias*, como se demuestra críticamente. A todas estas cifras hay que añadir el paquete de reyes Inka, o del Cuzco en sentido propio.

"2º Tanto la lista de Montesinos, como la de Blas Valera, no constituyen ya una serie continua, sino una cadena articulada en nueve secciones; cada una de éstas se encuentra señalada por un eslabón característico, que lleva el nombre de *Pachakuti*. Existen, por lo tanto, en la lista de Blas Valera y en la de Montesinos, un Pachakuti I, II, III... y IX o último.

”3º Las indicaciones de la prosa de Montesinos y de los fragmentos de Blas Valera que poseemos, establecen que a pesar de la humanización sufrida, posteriormente, el concepto de *Pachakuti* fue esencialmente el de un período cronológico que para Blas Valera equivale a seiscientos cincuenta años y para Montesinos a quinientos años, es decir, la mitad de un Milenio o Sol. Según Montesinos hubo cuatro Soles (cuatro mil años) entre el primer soberano del Perú y el que precedió a los reyes Inka, llamado Inti Máyta Qhápaq. Su armazón coincide con las cuatro Edades de Poma de Ayala y de Buenaventura Salinas, a pesar de la discrepancia en apreciar la duración:

VALERA		MONTESINOS		EDADES	POMA	SALINAS
(años)		(años)			(años)	(años)
1 época	650	1º Intipwata	1 000	Wari Wirakocha	800	1 000
2 ”	650			Runa		
3 ”	650	2º ”	1 000	Wari Runa	1 300	500
4 ”	650					
5 ”	650	3º ”	1 000	Purun Runa	1 100	1 000
6 ”	650					
7 ”	650	4º ”	1 000	Auqa Runa	2 100	1 100
8 ”	650					
	5 200		4 000		5 300	3 600

”Con la dinastía del Cuzco, propiamente dicha, comienza la Edad Moderna, en el sentido de los nativos, o V. Sol, que aportó una honda renovación del mundo, así como de la vida política peruana.” (Páginas 66-67.)

Un breve comentario antes de seguir. Se advierte en todo lo dicho que en el antiguo Perú existió la misma doctrina de las “Edades” o “Soles” que en México, etc., y que todo ello estaba sistematizado como un conocimiento científico moderno. Esto último, es importante concebirlo así, ya que esa era su función en esas sociedades.

Tenemos, entonces, cuatro grandes períodos, cada uno de los cuales se partía por la mitad, formando un período medio de quinientos años en la cuenta de Montesinos, que indudablemente es la más auténtica (la cuenta de Valera está influida por cifras mexicanas, las otras están alteradas en su ritmo numérico). Los *quipucamayocs* encargados de transmitir esto, anotaban en sus *quipus* una serie de diez reyes para cada *fracción de quinientos años*, cada uno marcado por un ñudo, y luego otro ñudo distinto que marcaba el *Pachakuti*, o terminación del ciclo.

Cuando esto fue leído a los jesuitas contemporáneos de Blas Valera, las nociones originarias ya estaban alteradas, y los *Pachakutis fueron contados como otras tantas personas o soberanos*, resultando el Pachacutec histórico en el lugar *noveno*. Todo esto ha sido suficientemente aclarado por Imbelloni en su monografía dicha.

Con esto, Imbelloni concluye que la lista originaria tenía ochenta y ocho reyes *pre-incaicos*, resultado de la incorporación de esos *Pachakuti* como soberanos; diez reyes originarios más el *Pachakuti* incorporado en cada serie de quinientos años.

En esto nos extraña que Imbelloni no descubra, no lo dice en ningún momento, que antes de esa incorporación, *la lista tenía sólo ochenta reyes* repartidos en cuatro series de veinte cada una, por más que cada una de ellas estuviese partida. Esto es importante puesto que nos lleva directamente a una forma de *contar por veintes* que ya no existe en la zona Andina, pero que todavía es típica de toda la cultura mesoamericana.

Es probable que esta cuenta por veintes venga de la Costa peruana, que tantas influencias mesoamericanas tiene. En cuanto a la lista final total, hay en Montesinos un visible esfuerzo de llegar a los cien reyes, en cuyo número se ubica a Huiracocha, de acuerdo con la cuenta decimal dominante en la región Andina.

También tenemos que indicar otra cosa que Imbelloni no advierte. Ya hemos visto que las series dinásticas “cortas” son provincianas, cosa que sí dice bien Imbelloni, pero ocurre que también la lista “larga” es provinciana, ya que Blas Valera era de Chachapoyas; lo mismo el “manuscrito” comprado por Montesinos en una “almoneda” de Lima, parecía proceder de Quito, según los datos del mismo Montesinos.

Entramos ya a la “Segunda Parte” de la obra de Imbelloni, en la cual éste comienza por tratar más detalladamente las cuatro obras que tratan de la lista “larga”, y pasa luego a tratar al Pachacutec histórico. Este es el IX de la serie de los Pachacutis, y precisamente ocupa ese lugar en la serie dinástica “oficial”. Esto es más que sugestivo y nos es un principio de explicación sobre el número de los reyes Incas: de ser el noveno *Pachakuti* se transformó en el noveno de los Incas.

Para nosotros queda claro también otra cosa. Al ser “provincianas” las listas “cortas” y las “largas”, lo mismo que las cuatro Edades que tratan Huaman Poma, Salinas, etc., es evidente que en ellas se han conservado elementos más antiguos que los de la lista “oficial”; en las listas “cortas” parece presentarse con más realidad la sucesión histórica de los Incas, y en las “largas” se han mantenido la tradición mítica más antigua, que manifiestamente ha sido “borrada” en la elaboración de la lista “oficial” de los Incas. Su origen podría estar inclusive en el Cuzco, pero allí fue “borrada” cuando la elaboración de la serie clásica, conservándose en zonas marginales. Imbelloni no ve esto, es decir, cree incluso que la serie “larga” correspondía plenamente a la tradición Incaica y que se fue per-

diendo con el tiempo, cosa imposible pues en ese caso algún rastro visible hubiese quedado en muchos otros cronistas. Es evidente que nada de la lista "larga" figuraba en las *pinturas* históricas que hemos tratado, pues en ese caso el material que hubiera podido conservarse sobre las distintas Edades míticas hubiese sido mucho más numeroso.

6. IMBELLONI Y EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA "PACHACUTI".— Nuestro autor consagra numerosas páginas a resolver el enigma encerrado dentro del significado de la palabra *Pachacuti*, analizando su construcción y significado en la lengua quichua.

El problema de esta palabra es que unas veces aparece como nombre de persona y otras con el significado de una catástrofe cósmica o terrestre.

Los cronistas nos han dejado varias traducciones de este nombre, algunas de ellas con grandes explicaciones, las cuales pasaremos por alto. Imbelloni nos resume estas interpretaciones en el siguiente cuadro:

" I. EXPLICACIONES DE CARÁCTER PERSONAL.

"A. Cuya acción se ejerce sobre todas las cosas en general:

1. CATARI: *El que trastorna el mundo.*
2. B. VALERA: *Reformador del mundo.*
3. GARCILASO: *El que vuelve o trastorna o trueca el mundo.*
4. LAS CASAS: *El que volvió o trastornó aquel mundo.*

"B. Cuya acción se ejerce en la ciencia:

5. G. M. VÁSQUEZ: *El que cuenta las centenas.*
6. MARKHAM-VÁSQUEZ: *El que registra la cronología.*

"C. Cuya acción se ejerce sobre el tiempo:

7. V. FIDEL LÓPEZ: *El que renueva el ciclo.*

"D. Cuya acción se ejerce sobre los bienes:

8. SARMIENTO DE GAMBOA: *Volvedor de la tierra y hacienda.*
9. MORÚA: *El que es desheredado de lo suyo (acción pasiva).*

"II. EXPLICACIONES DE CARÁCTER IMPERSONAL.

"E. Transformación telúrica, cataclismo, calamidad:

10. OLIVA: *El Diluvio General.*
11. POMA: *Pestilencia, hambre y mortandad, tempestades.*
12. MORÚA: *Destrucción de la humanidad.*

- "F. Venganza divina que motiva destrucciones:
13. POMA: *Castigo de Dios*.
- "G. Comienzo de un nuevo orden moral, económico y político:
14. CABELLO DE BALBOA: *Nuevas maneras de vivir*.
 15. MORÚA: *Renovación de la vida humana después del cataclismo*.
 16. COBO: *Vuelta del mundo*.
 17. GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA: *Vuelta del mundo*.
- "H. Jalón de una Edad o período cronológico:
18. BETANZOS: *Vuelta del tiempo*.
 19. COBO: *Vuelta del tiempo*.
 20. Informantes de VACA DE CASTRO: *Mudamientos de tiempo*.
 21. MONTESINOS: *Mitad de un Sol, que era quinientos años*.
- "I. Fenómeno natural:
22. P.H.A. MEANS: "*Eclipse de sol*." (Páginas 86-87.)

Diríamos que hay donde elegir, si de eso se tratase.

La palabra ha desaparecido hoy del habla quichua vulgar, y los mismos indígenas aunque a veces consiguen traducirla en su significado, no llegan a saber su sentido.

Imbelloni analiza la palabra. En primer lugar esclarece que *Pachacuti* no puede ser nombre de persona, ya que para serlo tendría que ser *Pachacutichic*, nombre que a veces usan algunos cronistas. La palabra se compone de dos elementos, de uso común hoy de modo que es fácil entenderlos; esos elementos son: *Pacha*, tierra, tiempo y *cuti*, vuelta; dejamos de tratar todas sus variantes por ser innecesarias aquí.

Pachacutic, con *c* final (o con *q* como quiere Imbelloni), no puede aplicarse a persona en razón de que se trata de una acción, dada por el verbo *cutiy* con un participio, que recae sobre la palabra que lo precede, es decir la Tierra; así significa "el mundo se está trastornando" o "el trastornarse del mundo", y para significar "el que trastorna al mundo" tendría que llevar la partícula *chi* indicada antes.

Resulta entonces que las traducciones del segundo grupo, las de carácter impersonal, son más reales, aunque algunas desvarían. El significado real de la palabra *Pachacuti* es una catástrofe que trastorna al mundo; no significa directamente "Diluvio" pues para ello tendría que llevar antepuesta la palabra "agua" (*unu*).

La traducción final que acepta Imbelloni es:

"... es 'el trastornarse o truecarse de la Tierra y de la Edad' que es concepto no sólo peruano, sino común a los pueblos de cultura 'templaria';..." (Página 106).

A esta conclusión llega después de presentarnos los hechos básicos de la cultura "templaria", que para el caso consisten en la creencia de que la Tierra ha pasado por cuatro edades, y que estamos en la quinta; cada una de esas Edades es regida por un elemento (como en Grecia los metales: Edad de Oro, de Plata, etc.), un color, etc.; las mismas se cree duran un tiempo fijo, y al final de él uno de los cuatro elementos desborda sobre los demás provocando la destrucción del mundo. Viene luego una "reconstrucción" y comienza la nueva Edad.

Los *Pachacutis* peruanos entonces, cada dos de ellos (1 000 años, ya que cada uno duraba quinientos), indican los finales de Edad, y también el comienzo de la nueva, pero principalmente el final, la catástrofe destructora. Al milenio lo podríamos llamar "Sol", como hacían los Aztecas, aunque su cuenta de años era distinta.

Es sorprendente la cantidad de cosas que quedan aclaradas con esta interpretación de Imbelloni, no sólo sobre la palabra sino también sobre el conjunto de las nociones indígenas sobre las Edades, su duración, sus causas, etc. Imbelloni nos dice que la transformación de la noción de las cuatro Edades en ocho segmentos, por partición de cada una de ellas, es la característica de la noción de las Edades en el antiguo Perú.

Con todo, y con todo el valor que damos y aceptamos a este conjunto interpretativo de Imbelloni, tenemos que decir que adolece de una grave falla:

Imbelloni a pesar de todo su esfuerzo no ha conseguido traducir completamente la palabra Pachacuti.

Parece imposible, pero así es. A pesar, también de que hemos dicho que se traduce fácil mediante el quichua hablado hoy, su traducción no es completa.

Imbelloni ha traducido perfectamente las palabras, eso es indiscutible, *pero no ha comprendido su sentido*, por lo cual no sobrepasa las traducciones bien hechas por algunos cronistas que nos dicen "vuelta del mundo." Ciertamente ha ido un poco más allá que ellos, pero no ha completado su traducción, y la causa está precisamente en esa concepción *templaria* que nos presenta.

Veamos, en primer lugar, ¿por qué figura en este nombre la palabra *cuti*, en vez de cualquier otra que indique más directamente "destrucción" o algo análogo? ¿Por qué varias de las traducciones de los cronistas la dan por "vuelta", etc., y el mismo Imbelloni utiliza en su definición final las palabras "trastornarse", "trocarse", en las cuales siempre hay un sentido de "darse vuelta"? ¿Qué es ese darse vuelta?

Como esto no figura en la concepción templaria, Imbelloni no pudo darse cuenta de su real significado.

Veremos otra cosa: ¿Qué significa para nosotros la palabra “catástrofe”, una catástrofe marítima por ejemplo? La respuesta es un hundimiento con muchas víctimas, o lo mismo con otras palabras.

Sí, hoy significa eso, pero antes, y en el sentido que conservan las raíces griegas de esa palabra, no significaba eso. *Catástrofe*, sin molestarnos en hacer citas en letras griegas, significa “vuelta abajo”, es decir, que hay verdadera catástrofe marítima cuando el barco se da vuelta y queda con la quilla al aire. Un simple hundimiento, por más víctimas que hubiera, no es una catástrofe.

Pues lo mismo ocurre con el Mundo, y la palabra *cuti*, vuelta, lo está diciendo allí, pero para darse cuenta de ello hay que tener noción de la clase de catástrofe de que se trata e Imbelloni, absorbido en sus estudios sobre el tipo de catástrofes de la cultura “templaria”, no ha sabido darse cuenta de ello.

Los indígenas de hoy en Bolivia no conservan la palabra *Pachacuti* y no pueden darse cuenta de su sentido, a pesar de que por conservar las dos palabras independientes que la componen la traducen sin dificultad. De ello hemos hecho la prueba varias veces. Pero, aunque disfrazada con ropaje cristiano exterior, conservan intacta la noción de la clase de catástrofe a que se refiere la palabra *Pachacuti*.

Imbelloni en “*La Weltanschauung*”, etc., nos presenta, incluso con un dibujito, la forma en que los indígenas incaicos concebían al Universo: tres planos sucesivos (esta tierra, el cielo y el infierno) cada uno de los cuales aparece como un cuadrado. Esta concepción no parece haber sido del común del pueblo, sino de los *amautas* y personas más cultas del Imperio.

Muchas veces hemos interrogado a los indígenas actuales sobre la forma que tiene el mundo, y el Universo en general, y nunca hemos hallado esa forma descrita por Imbelloni (no decimos que no exista todavía, pero por lo menos no es común); en cambio hemos hallado la descripción de tres tipos distintos de Universo, todos los cuales deben corresponder a concepciones pre-incaicas. En todas ellas, el Mundo, la Tierra en que vivimos, es un disco (nunca una esfera) chato.

En la primera concepción, ese disco se supone “infinito” pero termina en un mar tras el cual está el país de los muertos; el cielo es infinito también, y debajo de la tierra no hay más que tierra.

En la segunda el disco de la tierra flota en medio de una doble construcción: el cielo, en forma de bóveda sostenida por columnas, y un contra-cielo inferior (no se identifica, en forma alguna, con el infierno), hecho en la misma forma y que ocupa la parte inferior del mundo; *en la cara inferior del mundo habitan los antípodas*.

En la tercera concepción, el Universo es como una caverna, es decir el cielo es una bóveda continua, como una campana, puesta sobre la tierra.

La palabra *Pachacuti* corresponde claramente a la segunda concepción. Los indígenas que hoy creen en ella no llaman así a las catástrofes míticas que imaginan, sino “juicios”, juicios de Dios para castigar a los pecados del mundo.

Uno de los indígenas nos explicó claramente el mecanismo de estas catástrofes: “En el próximo ‘juicio’, los antípodas ocuparán nuestro lugar y nosotros seremos antípodas.” Es decir, que el mundo entero *se dará vuelta*, quedando lo de abajo para arriba. El indígena, ciertamente, no usaba la palabra “antípodas” ni cosa que se le pareciera, sino la de *chullpas*, que en el sentido indígena tiene el significado de ser la “humanidad que existió antes de la catástrofe cósmica”, es decir, en nuestro sentido, la humanidad *antidiluviana*.

Los mismos antípodas griegos cuyo sentido no nos ha sido transmitido en ningún escrito, que sepamos, quedan explicados en su función cósmica y moral con esa frase indígena dicha.

Por demás, resulta evidente que ante esta concepción cósmica nos hallamos ante algo anterior a los tres planos cuadrados (que representan la Tierra, el Cielo y el Infierno), dichos por Imbelloni como típicos de la cultura *Templaria*. Para verlo mejor podemos ir más al Norte: entre los indios Pueblo de Nuevo México parece existir una concepción completamente similar, ya que existen antípodas, etc., aunque no sepamos personalmente qué clase de catástrofes imaginan. Un rasgo que tienen idénticamente los Pueblos nos fue dicho aproximadamente con estas palabras por un indígena chuquisaqueño: “Para los antípodas el Sol sale por el mismo lado que para nosotros, porque están dados vuelta.”

Que la palabra ésta, *Pachacuti*, se haya conservado en épocas posteriores y usado para designar también el tipo de catástrofes imaginados por los hombres de la cultura *templaria*, es algo que no discutimos, pero aún así es difícil que en algún momento los indígenas perdieran la noción de que la palabra significaba un “darse vuelta” de las cosas, ya que su partícula *cuti* nunca perdió ese claro sentido.

7. IMBELLONI Y EL TEMA DE CUÁL INCA FUE EL PACHACUTEC HISTÓRICO.—Entramos ahora en otro campo de confusas contradicciones, a las cuales Imbelloni dedica la mayor extensión de la “Tercera Parte” de su libro. El tema es: ¿Cuál de los Incas fue el Pachacutec histórico?

“Persona alguna —por poco que haya rebasado en estos asuntos la zona liminar que cerca a los neófitos— puede evitar un sentimiento de disgusto al comprobar que la seguridad afectada por los libros de historia que se escriben para la escuela y el gran público está en chocante contraste con el desconcierto que reina en las fuentes antiguas. Mientras esas narraciones tienden a borrar toda sombra de duda del ánimo del lector, y le

hablan de la 'dinastía inka' como si se tratara de los Capetos de Francia, las fuentes, en cambio, se dividen en tres grupos generales: 1º, el muy numeroso que repite la sucesión oficializada del Cuzco con fidelidad mecánica, y sin asomo de discusión crítica, atribuyendo el epíteto *Pachakuti* al Inka Yupanki, hijo de Wiraqocha; 2º, el que atribuye el mismo epíteto a otros personajes de la lista, y 3º, el grupo que elimina por completo del Inkario al soberano apellidado *Pachakuti* (Páginas 131-32).

Ya hemos visto algo de esto, es decir, que el nombre, sobrenombre o lo que sea, de *Pachacutec* ha sido dado, según los autores, a diversos monarcas, desde el padre mismo de Huiracocha hasta Tupac Yupanqui.

Oliva, de acuerdo a los comentarios de Imbelloni, nos dice que respecto al nombre de *Pachacuti* encuentra confusión y no sabe bien si se trata del mismo Inca Huiracocha —como quiere su informante indígena el quipucamayoc Catari—, o si se trata de un monarca distinto. El resultado de estas vacilaciones es que:

“...Se deriva de tal intento el hecho curioso que en su Libro I se brinden tres distintas sucesiones, en las páginas 21, 53 y 54 respectivamente:

A. 8. Wiraqocha. 9. Pachakuti Inka. 10. Wáyna Qhá- paq. 11	B. Wiraqocha-Pa- chakuti. Túpaq Inka. Wáyna Qhápaq.	C. Wiraqocha Pachakuti Inka Túpaq Inka. Wáyna Qhápaq.
---------------------------------------------------------------------------	--------------------------------------------------------------	----------------------------------------------------------------

(Imbelloni, página 134).

Cabello Balboa, en cambio, afirma rotundamente que *Pachacuti* no es más que un sobrenombre dado a Tupac Inca, hijo de Inca Yupanqui, y protesta contra el hecho de hacer de él un rey distinto.

Garcilaso, como ya sabemos, hace de Pachacutec un rey distinto, Pachacutec Inca Yupanqui, del cual aparece como desdoblado su sucesor Inca Yupanqui, que para la mayor parte de los autores es una misma cosa con el anterior. Pero las cosas no son tan sencillas en el mismo Garcilaso.

Este mismo autor nos dice que Huiracocha se llamó Pachacutec, y que ese “*fue su Nombre propio*”, pero que como no consiguió que lo llamasen así porque todos le llamaban “Huiracocha” a causa de la visión que había tenido, mandó en su testamento que su hijo se llamase así, sobrenombre que después fue confirmado por los grandes hechos de ese monarca.

En cuanto a los autores que no citan a ningún monarca llamado Pachacutec:

“Esto sin tocar el tercer grupo de fuentes de que hablamos en el párrafo 13, cuya característica es la de mantenerse mudas en todo lo que atañe

al Pachakuti del Inkario. Son ellas el *Señorío de los Incas* de Pedro Cieza de León, la *Historia de las guerras civiles del Perú* de Pedro Gutiérrez de Santa Clara y las *Memorias Historiales y Políticas* de Fernando de Montesinos." (Página 145.)

Para esto último hay que aclarar que, no obstante todos los Pachacutis anteriores que cita, en la serie propiamente Incaica no cita ni a Pachacutec ni a Inca Yupanqui, haciendo pasar la sucesión directamente de Huiracocha a Tupac Yupanqui. En cuanto a Gutiérrez de Santa Clara, nos remitimos a lo que hemos transcripto de él para ver si figura o no Pachacutec en su historia; parece que Imbelloni citó demasiadas cosas de memoria, y no la tenía muy buena.

Recordaremos también que en lo transcripto de la "*Relación de los Señores*", etc., y en la de Santillán, Pachacutec figura como padre de Huiracocha, aunque tenemos la creencia que no es más que un desdoblamiento del mismo.

El resumen a que llega Imbelloni en esto nos parece sumamente curioso; el problema de quién fue el *Pachacutec histórico* no se aclara, pues los datos existentes no bastan para poder hacerlo; pero en cuanto a si Pachacutec a Inca Yupanqui son una misma persona, como dice la mayoría de los autores y la serie "oficial", o si son dos, como quiere Garcilaso, resuelve el tema contando los años supuestos de la fecha de la muerte de Huiracocha hasta la de Huayna Capac:

"...sería nuestro cuidado trasladar este asunto al plano de la cronología, que es su lugar propio, porque la cuestión se reduce a calcular si de la muerte de Wiraqocha a la muerte de Wáyna es suficiente contar tres generaciones, o es menester —en cambio— que se inserte una cuarta." (Página 142.)

En verdad, no nos explicamos ese criterio, de que la cuestión se reduzca a eso; sigue a lo dicho una larga nota en donde, después de una serie de consideraciones cronológicas de valor discutible, nos concluye en lo siguiente:

"Pocas objeciones, en resumen, pueden hacerse a las fechas y datos de Cabello de Balboa, antes que nuestras fuentes informativas se enriquezcan de considerables adquisiciones cronológicas positivas. Entre la muerte de Wiraqocha y la de Wáyna se interponen 87 años, espacio que en la sucesión de Cabello se ve colmada por los tres últimos soberanos, que son el mismo Wáyna, su padre Túpaq Inka y el abuelo Inka Yupanki, sin que la cronología imponga la inserción de un cuarto soberano (un Inka Yupanki duplicado), como lo propugnara Garcilaso." (Página 144.)

En resumen, que nos quedamos en que Pachacutec fue el mismo Inca Yupanqui, padre de Tupak Inca Yupanqui, según la lista dinástica oficial. Esto a pesar de que la idea básica de Imbelloni, con la cual sostiene que Pachacutec no existió, es que Pachacutec IX no fue sino el ñudo del *quipucamayoc* que marcaba la catástrofe cósmica.

8. IMBELLONI Y LA DUPLICACIÓN DE LA HISTORIA INCAICA.—En este punto nos encontramos con uno de los temas más interesantes de la obra que tratamos. Ello es el punto ya presentado de las series A) y B) en que se divide o subdivide la serie dinástica “oficial”, y la atribución a la segunda de hechos ocurridos en la primera. Recordamos que la serie A) es la segunda, la más reciente y real, y la B) es más antigua, construida a imitación de la primera.

Valiosas resultan aquí las indagaciones de Imbelloni, pero junto con datos y observaciones de gran valor se deslizan errores inexplicables, como, por ejemplo:

“...la guerra y rebelión del pueblo Chanca... tenemos al menos tres maneras distintas de colocarla en el armazón dinástico...: 1º, en los tiempos del Inka Wiraqocha, según *Cabello de Balboa y las informaciones de Vaca de Castro*; 2º, en el reinado del padre, el Inka Yáwar Wáqaq según Garcilaso, y del hermano, Inka Urko, según *Cieza*, y 3º, mientras reinaba el hijo y sucesor de Wiraqocha, Pachakuti Inka Yupanki, según *Betanzos*.” (Página 148.)

Pocas veces se ven tantos errores juntos. Las informaciones de los quipocamayos de Vaca de Castro no dan ningún dato sobre la guerra Chanca, como hemos visto, de modo que aquí hay un error grave; peor estamos con la relación de Betanzos, en el cual la guerra Chanca se produce en tiempos de Huiracocha, como también hemos visto, lo mismo que con Cabello de Balboa. En cuanto a los de Cieza, la verdad es a medias, pues Huiracocha vivía todavía cuando la guerra Chanca, por más que había dejado el reino a su hijo Urco. También yerra Imbelloni, pocas líneas más adelante de lo transcrito, al decir que el P. Cobo, por seguir a Garcilaso y a Betanzos a la vez, nos presenta dos rebeliones Chancas, una en la vida de Huiracocha (primer error, Cobo la pone en la vida de Yahuar Huacac), y otra en la de Pachacutec (segundo error, no es una rebelión esa en Cobo, sino el escaparse de Anco-Allo con su gente hacia el Norte).

Descuidos inexplicables. Otro del mismo tipo hallamos en la página 141, en donde nos dice que Cabello Balboa rechaza airadamente al Inca Yupanqui de Garcilaso: “...Airadamente lo rechaza Cabello: ‘*Muchos escritores, que han escrito tranquilamente en España, han añadido a la lista de los Incas un príncipe al cual daban este nombre*’...”

Aquí Cabello parece, efectivamente, referirse a Garcilaso, pero, *no pudo referirse a él porque su obra se escribió en 1586 y la de Garcilaso en 1609.*

Mejor estamos cuando Imbelloni trata el hecho de que existen en la historia Incaica una serie de transposiciones y duplicaciones de los hechos históricos, los cuales se atribuyen una vez a un Inca y otras a otro.

En nota de la página 153, Imbelloni nos distribuye a los Incas en las siguientes “series”:

- A. SERIE DE LOS AYAR-KUNA.
- a AYAR AUQA
 - b AYAR KACHE
 - c AYAR UCHU
 - d AYAR MANKU
- B. EPÓNIMO DE LA FUNDACIÓN.
- 1. I MANKU QHAPAQ
- C. SERIE DE URIN-QOSQO
- 2. II SINCHI RUQQA
 - 3. III LLUKI YUPANKI
 - 4. IV MAYTA
 - 5. V YUPANKI
- D. SERIE DE HANAN-QOSQO.
- 6. VI INKA RUQQA
 - 7. VII YAWAR WAQAQ
 - 8. VIII WIRAQOCHA
 - 9. IX (PACHACUTI) INKA YUPANKI
 - 10. X TUPAQ YUPANKI
 - 11. XI WAYNA

Las dos primeras series tienen carácter mítico; la tercera, C, es la correspondiente a la serie B), construida sobre el modelo de la última D, que es la que antes llamé A).

“...las listas del Perú antiguo han sido formadas en sentido retrógrado, y que cuando, por ejemplo, el genealogista del último período peruano anterior a la Conquista abordó la compilación oficial de las listas reales, puso la serie de *Urin-Qosqo* en el lugar de precedencia que le correspondía por virtud de la orientación de los metámeros de la Ciudad, pero no sin haberla recopilado mediante la reduplicación de los nombres y elementos de la lista de Hanan-Qosqo, como acabamos de comprobar en la 1ª parte de esta obra. El personaje de Lluqui es la semblanza del Yupanki-Pachakuteq transferida a la serie de *Urin-Qosqo*, así como Qhapaq Yupanki, antecesor de Mayta, es pura transferencia de Túpac Yupanki, antecesor de Wáyna...” (Páginas 157-58.)

La interpretación es sumamente valiosa, pero no podemos estar de acuerdo en todo. En primer lugar, solo en Betanzos hallamos que Capac Yupanki sea *antecesor* de Mayta Capac; todos los otros cronistas nos dan la versión contraria, o sea que es su sucesor. En segundo lugar, no nos parece claro que Lluqui Yupanki sea la transposición de Pachacutec; pues Capac Yupanqui tiene mayores derechos a ocupar ese lugar; natural-

mente no negamos que Lluqui tenga también elementos correspondientes a Pachacutec, como también los tiene Mayta, pero mayores los tiene Capac Yupanqui.

Imbelloni nos transcribe una serie de párrafos de diversos cronistas en donde, efectivamente, Lluqui asume rasgos de Pachacutec y los hace destacar bien; pero se olvida de hacernos destacar los rasgos contrarios, aunque a veces los cite:

“En realidad, la guerra Chanca se ve reflejada, en la serie de *Urin-Qosgo*, en la guerra y alzamiento de los Allkavisa contra los soberanos Inka. «Y así juntáronse todos los naturales del valle del Cuzco que habían quedado de la destrucción de *Mango Capac*, para hacer la guerra a los *Ingas* —relata Sarmiento de Gamboa en el capítulo 17—, y añade que Lluqui Yupanki, tercero rey, ‘se tuvo por perdido’ y temió que ‘al cabo de mi vejez muera yo a mano de nuestros enemigos’.» Pero el príncipe real, Mayta Qhápaq, fuerte de los ayllukuna de la guarnición, toma por su cuenta la resistencia, y en tres batallas sucesivas desbarata a los clanes alzados, en las mismas plazas y templos de la ciudad capital...” (Página 165.)

Lluqui Yupanki asume aquí no el papel de salvador del país, como correspondería a una transposición de los hechos de Pachacutec, sino la del Inca-padre cobarde, que escapa y abandona la defensa. Su hijo, en cambio, es el salvador.

En Betanzos, en cambio, Lluqui Yupanqui aparece sí con ese papel, aunque en forma trunca porque no está relatada la guerra con los Alcahuizas, pero sí que Lluqui “Apenas llegado al mundo, tomó una piedra en las manos y la tiró a un muchacho Allkavisa, que iba con una vasija a la fuente...” (Imbelloni, página 167.) Ese mismo hecho relatan otros cronistas de Mayta, y esa sería la causa de la guerra.

Haremos una clara y definitiva demostración de que, si bien Lluqui en época posterior puede haber asumido algunos caracteres de Pachacutec, en origen no fue sino Yahuar Huacac, que también se llamaba Inca Yupanqui según varios autores como Cieza, Santa Clara, Betanzos, etc.

Según Imbelloni tendríamos los siguientes doblamientos:

Lluqui Yupanqui=Pachacutec Inca Yupanqui.
 Capac Yupanqui=Tupac Inca Yupanqui.
 Mayta Capac=Huayna Capac.

Esto lo podemos ver en el párrafo transcripto antes, de las páginas 157-58.

Preguntamos ahora: ¿En qué tiempo se construyó la Capaccuna oficial? Por todos los datos que tenemos ello tiene que provenir de la época de Pachacutec, que es quien reúne el “congreso” de historiadores y la hace organizar y pintar, como nos dice Sarmiento y otros. En este caso es evi-

dente que nada de lo referente a Tupac Inca Yupanqui ni Huayna Capac podría figurar allí, aunque posteriormente se le pueden haber agregado algunos datos. Otra demostración evidente que la Capaccuna fue construida en esa época la tenemos en los párrafos transcritos de Las Casas sobre la repartición del Cuzco entre los *ayllos* reales.

Entonces, si Pachacutec fue el autor de esa Capaccuna oficial, como todo parece indicarlo, las cosas tuvieron que ser dobladas así:

SERIE DE HANAN-CUZCO

6. Inca Roca.
7. Yahuar Huacac Inca Yupanqui.
8. Huiracocha.
9. Pachacutec Inca Yupanqui.

SERIE DE HURIN-CUZCO.

2. Sinchi Roca.
3. Lluqui Yupanqui.
4. Mayta Capac.
5. Capac Yupanqui.

Manco no figura. Es evidente que Inca Roca se identifica claramente con Sinchi Roca, y en cuanto a Mayta Capac como héroe de la guerra de los Alcahuizas, corresponde claramente a la forma de la guerra Chanca en la relación de Garcilaso, en donde Huiracocha y no Pachacutec es el héroe de la defensa. Quién sabe si aquí no tendremos un elemento importante para averiguar más a fondo este problema.

En cuanto a Capac Yupanqui y su relación con Pachacutec, recordaremos la relación de Garcilaso respecto a los caciques Cari y Chipana, que son los jefes Collas vencidos por Pachacutec, no por Huiracocha. O sea en Capac Yupanqui tenemos hechos históricos de Pachacutec en tanto que faltan totalmente los de Tupac Yupanqui, con el cual lo quiere identificar Imbelloni.

Que agregados posteriores hayan alterado esta duplicación simétrica, es muy posible y cierto, pero que la forma originaria de la duplicación fue ésta, es algo que creemos poco discutible.

¿Más pruebas de ello? Si todavía se necesitan pruebas las tenemos:

Herrera: *Década Quinta, Libro Tercero*:

"...cuentan en segundo lugar a Cinchiarica, que otros llaman el Ingaroca..." (Página 64.)

"...Al tercero Inga llamaron Lloqui Yupanguí... i otros le lleman Yacarguaque, siendo iá viejo, porque este nombre quiere decir llanto de sangre, porque siendo vencido, y preso de sus Enemigos lloró sangre de puro sentimiento..." (Idem.)

"Fue el Quarto Rei Maytacapac... este Inga, dicen algunos, que se llamó Viracocha..." (Página 65.)

"Sucedió a Maytacapac el Quinto rei, llamado Capac Yupanqui, al qual llaman otros Pachuti Yupanqui... los Changas, vencieron vna Batalla al hermano maior de este Inga en vida de su Padre; i que vencido, se retiró con poca Gente; i que este Capac Yupanguí fingió, que le hablo el

Dios Viracocha, . . . i habiendo juntado la Gente, quedó victorioso i se hizo Señor, privando del Reino á su Padre, i Hermano. . .” (Página 66.)

“El Sexto Inga fue Ingareque, Hijo del precedente, i otros le llaman Topa-Yupangui; . . .” (Página 66.)

Lo último es lo único que está algo en desacuerdo con lo dicho, o sea Inca Roca=Tupac Yupanqui, pero eso es ya *una triplicación*, pues vemos que ya está doblado en Sinchi Roca.

Aclaremos que Imbelloni no llega a negar de plano la existencia real de los reyes Incas de la lista B). Hablando en general, de todos los Incas, nos dice en la página 236: “. . .nunca —en cambio— osaría negar que han existido esos reyes”, cosa que hace rifiriéndose a los supuestos retratos de los diversos monarcas, pero que evidentemente representa su idea general. Para nosotros, en cambio, su existencia es más que dudosa, por más que podemos admitir que algunos de ellos pueden haber sido compuestos con restos históricos semiperdidos y más bien mitológicos que históricos.

9. IMBELLONI Y LA “CRISIS” DE 1435 EN EL CUZCO.—En el final de su “Tercera Parte” Imbelloni toca el importante punto de “La crisis de 1435” en el Cuzco, de donde sale toda su explicación sobre el por qué del nombre Pachacutec y su cronología aceptando una duración de quinientos años para el Imperio, hasta el final del reinado de Huiracocha. Como el tema nos atañe directamente lo trataremos con prolijidad.

Para Imbelloni, como sabemos, siguiendo a Montesinos, etc., los soberanos anteriores llamados *Pachacutec* han sido ocho, y entre cada uno de ellos han corrido quinientos años; naturalmente no han sido personajes históricos sino míticos, ubicándose de a dos en cada una de las Edades del mundo.

Ampliaremos esto. Según la lista de Montesinos, hubo cuatro Edades míticas anteriores, en cada una de las cuales se ubicaron primeramente veinte soberanos, distribuidos en dos series de a diez, al final de cada una de las cuales había un *pachacuti*; estos *pachacutis* al principio no eran personas reales sino sencillamente la forma de denominar la terminación de cada Edad por medio de un cataclismo; al anotar eso en los *quipus*, posiblemente los *pachacutis* se anotaron con un ñudo mayor o distinto, y con el tiempo esos ñudos pasaron a ser contados como personas.

Con la serie dinástica propiamente Incaica, comienza la V Edad, y desde ese comienzo hasta el momento del nuevo *pachacuti* tienen que haber pasado quinientos años, fecha en que se produce un nuevo *pachacuti*, que es “intermedio”, no final de Edad, pues las Edades duraban 1 000 años.

Según noticias de varios cronistas, que ponen diversos sucesos anunciadores de desgracias:

“Durante el reinado de Wiracocha vencía una de esas etapas críticas, el *Pachacuti*. En el aspecto puramente cronológico significaba que termi-

naría un bien determinado sector o período del cómputo peruano, y por el testimonio de Blas Valera y Montesinos sabemos que era el período que habíase iniciado con el establecimiento de la monarquía del Cuzco. No podemos valuar con calculaciones exactas la duración de ese lapso, y nos conviene aceptar los quinientos años del cómputo de Montesinos, confirmados más bien que objetados, por las fechas de Buenaventura Salinas. Esto sí, sabemos muy bien que el vencimiento que se aproximaba era el noveno Pachakuti, es decir el jalón siguiente al octavo, que había señalado la llegada al poder del primer Inka. Y como la distinción de Montesinos entre los Pachakuti 'milenarios' y los 'intermedios' representaba sólo la creencia de algunos sabios, y no de la generalidad (comprendiendo en ella a los informantes de Blas Valera, quien confunde el concepto del Sol con el de Pachakuti), es natural que una porción del pueblo estuviese a la espera angustiosa del cataclismo." (Páginas 175-76.)

(Garcilaso) "...Su texto de la página 168 no deja lugar a dudas sobre el hecho que durante el final del reinado de Viracocha hubo una secreta confabulación oficial y sacerdotal (*los Amautas, que eran los Filósofos, y el Sumo Sacerdote, con los Sacerdotes más antiguos del Templo del Sol, que eran los Adivinos...*) para investigar qué clase de efectos materiales traería a la fecha fatídica, no sin cuidar que el pueblo no fuese perturbado por el pánico del fin del milenario (*y que no se divulgase entre la Gente común... porque no era lícito profanar... ni era bien que se supiese, ni se digese...*). A pesar de tantas precauciones, naturalmente la predicción había trascendido, y en las clases populares cundía el espanto. Hubo alborotos y motines. ¿Fue su causa una discrepancia en la interpretación de los elementos tradicionales? Bien pudo ser que, al dividirse en bandos los sacerdotes y sabios, dentro de los congresos convocados por el rey, por sostener opiniones distintas sobre la fecha del Pachakuti, sobre su señalación por medio de prodigios y sus manifestaciones y efectos, el hecho diese lugar a la formación de opuestas facciones en la ciudad y en el reino. Así se desprende de un pasaje de Blas Valera: "*en tiempo de Viracocha Inga, fueron muchos destos ministros (los ministros mayores del culto, a dicho anteriormente) causa principal para que se amotinase y rebelase el pueblo, y particularmente Hantahuylla con los Chinchas, de donde resultaron grandes guerras i casi perderse el reino*"... (*Relación*, página 172.) (Imbelloni, páginas 178-79.)

Evidentemente, si lo que dice Imbelloni sucedió en ese tiempo, debió ser algo bastante grave, pero no llegamos a ver que verdaderamente Imbelloni haya demostrado en forma suficiente que al final del reinado de Huiracocha se haya cumplido el *IX Pachacuti*. Y conste que decimos esto aun en contra de nuestros intereses, pues nos sería de gran importancia el tener bien demostrada la existencia de esos quinientos años antes del Pachacutec histórico; con ellos el comienzo de los Incas se remontaría al período del Tihuanaco Expansivo.

Respecto al hecho de ser el “novenos”, precisamente, el *Pachacuti* que correspondió al Inca Yupanqui Pachacutec “IX Inca”, Imbelloni nos hace una observación de muy grande valor.

“...Tampoco es menester que insistamos en la influencia del adjetivo ordinal ‘novenos’ que, acompañando primeramente a ‘Pachacuti IX’, se mantuvo en definitiva, al lado de ‘Pachacuti noveno Inca’, causante a su vez de la construcción de la Capaccuna oficializada.” (Página 180.)

Imbelloni no se explaya más en esto, lo cual es una verdadera lástima; pero aquí se dice que el Inca IX de la serie “oficial” ocupó ese lugar de “novenos” por haber sido el correspondiente al noveno Pachacuti-catástrofe. Es decir: la serie “oficial” fue construida eliminando a todos los reyes míticos de las Edades anteriores, y ubicando a los reyes de la V Edad, la actual para ellos, de acuerdo como para que Pachacutec fuese el noveno de ellos. Es una conclusión sorprendente, pero tan simple y explicativa que tiene todos los visos de la verosimilitud.

Aclaremos que para Imbelloni la serie de los monarcas de las Edades anteriores no fue “eliminada” de la historia Incaica, sino que se habría ido perdiendo con el tiempo, en tanto que para nosotros todos ellos fueron “borrados” en la compilación de la lista “oficial” del tiempo de Pachacutec. También para Imbelloni se llamaba *Pachacuti* tanto a los finales de Edad como a los comienzos de la nueva, de modo que los reyes de una y otra parte podrían llevar ese nombre.

Los *Amautas*, según Imbelloni, habrían llevado la cuenta de los años desde el *Pachacuti* anterior, el VIII, hasta llegar a los finales del reinado de Huiracocha, en que se produjeron los desórdenes antes citados; su forma de llevar la cuenta debemos aceptarla como valedera:

“...Estimo —sin embargo— que también en este asunto debe existir una medida y un límite prudencial, y todo me inclina a pensar que en lo que concierne a la época del Cuzco, o V Milenio, nadie está rigurosamente obligado a denegar que el *Hamautta* pudiese llevar con cierta exactitud la cuenta de los años del reinado de sus soberanos. Si por ventura concibiéramos una duda sobre la eficacia de este criterio y la veracidad de nuestro cálculo del párrafo anterior, he aquí las declaraciones de Blas Valera, Juan Anello Oliva, Gutiérrez de Santa Clara, Cabello de Balboa, etcétera, quienes establecen que la época inka comenzó seiscientos años antes que llegasen los Españoles, es decir, entre el año 900 de la Era Vulgar, y el 949, cuyo término medio (observadas las frecuencias) es el año 925. Este dato cronológico, que se funda en las crónicas más autorizadas en asuntos de fechas, coincide plenamente con nuestra reconstrucción, en la que, sumando los cien años que reinaron los tres reyes inmediatamente anteriores a 1525 (año de la muerte de Wáyna Qhápac) con los quinientos años transcurridos desde la fundación de la ciudad hasta el IX Pachacuti, nos remontamos exactamente al 925 de la Era Vulgar.” (Imbelloni, páginas 265-66.)

Estas cifras nos parecen más convincentes que las criticadas anteriormente, sin negar que en esto pueda haber de nuestra parte un criterio subjetivo que nos inclina a aceptarlas por la sencilla razón de que nos resultan convenientes. Contando los quinientos años desde la "crisis de 1435", tendríamos una diferencia de diez años, pero ello no tiene la menor importancia.

10. ¿CUÁNDO COMENZÓ LA V EDAD PERUANA?—El título con que comenzamos estos párrafos podrá parecer extraño al principio, pero en seguida se verá que es de la mayor importancia. Para Imbelloni, como ya sabemos, comienza con Manco Capac y la fundación del Cuzco.

Si Pachacutec IX fue el monarca que ocupaba el lugar del noveno ciclo de quinientos años, parece evidente, a primera vista, que la V Edad mítica habría comenzado con la fundación del Cuzco en la época de Manco Capac (y su hijo llamado Pachacutec Inca Yupanqui, según Morúa y Huaman Poma), pero esta primera impresión es completamente falsa.

Imbelloni no trata este punto, desgraciadamente, y creemos que también se ha equivocado allí, o sea, como lo dice más de una vez en su obra, cree sin más que la V Edad habría comenzado efectivamente con los primeros Incas, medio milenio antes del último *Pachacuti*.

Aceptemos, no vemos dificultad alguna en ello, que los Incas llevaban una cuenta bastante buena de los años pasados, así como también lo hacían los Mayas y los Aztecas; el que sus aparatos de contar, los *quipus*, hayan sido más frágiles que las inscripciones lapidarias de los Mayas, no debe hacernos despreciar su habilidad para llevar la cuenta de los años, máxime habiendo individuos especializados en ello.

Y lo mismo cabe decir de los períodos anteriores. Si los Incas, como lo veremos en el capítulo próximo, se originan en la civilización tiahuanacota, hemos de aceptar que los tiahuanacotas debían llevar también sus cuentas de los años que pasaban y, consecuentemente, de sus *pachacutis*. Luego, más allá todavía, esta cultura vino de la Costa peruana, donde también debían contarse los años, y así hasta llegar a las zonas originarias de América Central (donde ya no debían contar por quinientos años, pero lo que importa es que contaban), y más allá aún, a la época de las emigraciones a través del Pacífico y al entroncamiento con las más viejas civilizaciones del Viejo Mundo, en donde existía la misma doctrina.

Sin duda hubo muchas alteraciones, cuentas falsas, transformación de formas de contar por veintes a otras, hasta llegarse finalmente a la forma decimal incaica y tiahuanacota, con sus períodos de quinientos años, pero la cuenta, bien o mal llevada, es evidente que se llevó.

Partamos ahora desde el principio. Los emigrantes oceánicos que trajeron esta cultura a América, con su noción de las Edades, ¿en qué Edad estaban?

No sabemos bien aún la fecha de esas emigraciones oceánicas, pero tomemos una cifra cualquiera, más o menos posible y aproximada, el mil antes de Cristo.

Si interpretamos las cosas en vista de la primera apariencia, considerando a Pachacutec IX como el noveno *pachacuti* de la cuenta, y al anterior en el Cuzco como el VIII, restando cuatro *pachacutis* de quinientos años nos encontramos con que esos emigrantes oceánicos estarían en el *Pachacuti IV* (o comienzos del V), y eso es absolutamente falso.

Los emigrantes oceánicos estaban también en la V Edad, porque la idea de que las Edades pasadas eran cuatro y que se estaba en la V ya vino con ellos, totalmente formada. Los hitos de las Edades no corresponden a hechos históricos, error en el que ha caído Imbelloni, sino a hechos míticos.

El *Pachacuti* anterior a Pachacutec IX, Inca Yupanqui, fue también Pachacutec IX, y así todos los anteriores en los cuales se creyó que pasaban los fatales quinientos años.

Tomemos, para el ejemplo, dos nombres de reyes de la prehistoria Aymara e interpretémosles como habiendo sido *pachacutis*. Huyustus, en la historia de Tiahuanaco, puede haber correspondido al *Pachacuti* del año 425 después de Cristo, y fue Pachacutec IX; luego pasaron los años y la cuenta se cumplió de nuevo, justamente (o fue ajustada después) en tiempos en que el gran jefe Macuri reinaba sobre los Collas; hasta ese momento Huyustus había sido considerado como Pachacutec IX, pero ahora se cumplían de nuevo los quinientos años y la destrucción del mundo no se produjo, como tendría que ser si el *Pachacuti* anterior hubiera sido el IX y el de Macuri el X, acabándose con él la V Edad. Probablemente esas particiones de las Edades o Soles se hicieron, precisamente, al ver que las fechas pasaban y no se cumplía la destrucción de la Edad, sacándose la conclusión de que se estaba en la mitad de la Edad no en su final.

Hubo, entonces, entre los Collas, un nuevo traslado del *Pachacuti IX*, y se llamó así al de Macuri, que inauguraría así, de nuevo, la mitad de la V Edad, y después ocurrió lo mismo con Inca Yupanqui.

Indudablemente las cosas no ocurrieron tan así, y hubo arreglos diversos para hacer comenzar las grandes épocas históricas con las Eras míticas en que se creía, pero el panorama general era ese.

No lo vemos así en Imbelloni, pero tenemos que reconocer que este autor, en su propia doctrina tiene el error de hacer comenzar las épocas históricas, más de una vez, con el comienzo de la V Edad, lo cual está en completa contradicción con su misma doctrina, como acabamos de ver.

La importancia de éste reside en eliminar definitivamente de la historia a la época de las *behetrias*, que serían propias del final de la IV Edad, la cual no se acondiciona con ningún hecho histórico local. Igualmente influye la aclaración de este punto sobre otra serie de hechos fun-

damentales, comenzando por el resultado de que la doctrina de las Edades no es patrimonio de la cultura Incaica.

En efecto, se aclara bastante que la doctrina sobre las cuatro Edades míticas pasadas no es Incaica sino tiahuanacota. En la historia Incaica “oficial” esa doctrina está eliminada por completo, de modo que, aunque la cultura Incaica la hubiera tenido en sus primeras épocas, cuando dependía de los reyes aymaras de Hatun-Colla, esa doctrina fue finalmente eliminada de la civilización peruana.

Consecuentemente toda la tradición mítica de las cuatro Edades pasadas, los ochenta reyes que nos quedan de la lista de Montesinos, etc., debe ser pasada a la época Colla y, más allá, a la tiahuanacota. Naturalmente no como historia que hubiera ocurrido verdaderamente, lo cual sería un absurdo error, sino como historia mítica anterior a los comienzos de la época en que creían estar esos pueblos: “Antes de comenzar la V Edad en que estamos —debían decir los Aymaras de la época de Huyustus, y lo mismo los de Macuri— sólo existían las *behetrias*...” Y así también debieron decir los pueblos anteriores a ellos.

11. LAS CONCLUSIONES DE IMBELLONI.—En la obra de Imbelloni encontramos una “Cuarta Parte” que se compone de la transcripción de las diversas series dinásticas de los varios autores, unas cuantas series decimales más o menos míticas del Viejo Mundo para la comparación y algunos otros datos similares.

Luego vienen las “Conclusiones”, de las cuales comentaremos unas pocas. La cita última que hemos hecho corresponde a la conclusión siete.

En la conclusión seis señala nuestro autor que los *Pachacutis* ya incorporados a la lista larga como personas reales, figuran en los casilleros 11, 22, 33, 44, 55, 66, 77 y 88, debiendo el Pachacuti IX ocupar la casilla 99; esto, por más que hay bastantes alteraciones en la cuenta de Montesinos. Aquí señalamos que, como antes no se dio cuenta de que la primera serie de la lista larga, la correspondiente a las cuatro primeras Edades, constó primeramente de ochenta reyes, o sea se presenta allí una supervivencia directa de una forma de contar por veintes, en la transformación final, con la incorporación de los nueve Pachacutis como reyes, se intenta completar una serie de cien reyes en total, o sea, la serie dinástica se pone de acuerdo a la forma decimal de contar de los Collas e Incas. El Inca Huiracocha, según Montesinos en el Ms. Universitario, ocupa precisamente el número 100.

La conclusión 10 merece transcribirse en todo:

“10. Limitándonos, más particularmente, a la lista menor, llamada *Capaccuna*, que reúne los nombres de los monarcas del Cuzco —y sin repetir lo que se ha determinado en esta obra acerca de los absurdos que contienen las fuentes utilizables— ha resultado de nuestra investigación que los elementos historiales y los onomásticos que la componen muestran los

efectos de un proceso análogo al que acabamos de describir en la cuenta larga, lo que prueba que su elaboración, lejos de proceder de una época remota, debe ser referida a tiempos relativamente recientes, y posiblemente a la compilación oficial de los últimos reyes. El análisis demuestra que la lista oficializada por la *διασχενασία* cuzqueña del año 1450 —lustro más o menos— ha surgido de la yuxtaposición de dos series de cinco reyes cada una, las cuales representan una repetición recíproca de nombres y de noticias historiales. Hemos expuesto las razones que nos obligan a pensar que los cantores de una de las dos *sayakuna* del Cuzco se vieran solicitados a reproducir, con levísimos cambios de epítetos, los mismos nombres de la serie de cinco miembros que se encontraba estabilizada para la otra *saya*, junto con los elementos épicos que el pueblo les atribuía. Más aún, la secuencia onomástica de las reinas, o *Coya-kuna*, con sus sugerentes repeticiones de un reducido número de nombres a lo largo de bien 16 casillas, aconseja que se considere con especial y fina atención el lugar ocupado por el grupo de los cuatro *Ayar-kuna*, a guisa de tercera serie, posiblemente emparentada con las de *Hanan-Qosqo* y *Urin-Qosqo*, en el sentido genético y mitográfico.” (Páginas 268.)

Es un párrafo sumamente valioso y que nos resume una serie de ideas importantes; nos hallamos de acuerdo con la mayor parte de ellas, aunque tenemos que disentir en algunos detalles, por ejemplo, como hemos visto en el título 8 de este capítulo, para nosotros la duplicación de la lista de reyes no comprende cinco personajes reales sino cuatro, ya que a Manco Capac no hay que contarle dentro del grupo de *Hurin-Cuzco*. En cuanto a contar a los *Ayares* como una tercera serie, nuestro sentir es totalmente adverso, ya que se trataría de un grupo mitológico proveniente de una cultura mucho más antigua, según hemos tratado en el capítulo primero de esta obra.

La conclusión 11 también la reproduciremos:

“11. En cuanto a la personalidad del miembro que ha sido incluido en la Capaccuna con el ficticio nombre de *Pachakuti* o *Pachakuteq*, ya no es menester repetir que se trata de un grueso error cometido en primer término por los nativos de la Colonia, los cuales habían perdido ya conciencia del significado de la palabra y más aún de su valor señero en el cuadro de la cronología peruana antigua, y luego por los primeros recolectores españoles o mestizos quienes de modo alguno se dedicaron a descifrar las correlaciones de este epíteto —cuya naturaleza dudosa no desconocieron— con la nomenclatura cronológica del *Hamautta*. El *Pachakuti* que ocupa el IX puesto en la lista general, no tiene por cierto mayores derechos que los demás que llevan un número ordinal más bajo en la lista de Blas Valera y sus congéneres. Bien vivo y operante se mantenía —en cambio— el significado del *Pachakuti* en la parte final del reinado del Yupanki que conocemos por Wiraqocha. Los sacerdotes, los maestros del *kipu*, *hamauttakuna* y adivinos, con delicada atención iban calculan-

do el cumplimiento de los cinco siglos del Inkanato, y con honda angustia vieron acercarse el terrífico vencimiento en los últimos años de la vida del soberano, mientras la desazón y el pánico cundían en la ciudad y en el reino, como lo hemos demostrado al describir los acontecimientos de la 'crisis del año 1435'." (Páginas 268-69.)

Aquí tenemos, otra vez y van muchas, la negación absoluta de la existencia real de Pachacutec IX, insistimos en que a pesar de todas las negaciones de su existencia, el mismo Imbelloni no duda que Pachacutec IX es el Inca Yupanqui, con quien se identifica en la mayor parte de los cronistas.

De nuestra parte, en cambio, dudamos de esa "fijeza" de los *Pachacutis* y de la cuenta rigurosa de las "Edades" (no que no contaran, sino el que siempre se ajustaran los *Pachacutis* a esa cuenta), de modo que sobre el personaje histórico denominado Pachacutec opinamos más bien que, cuando esa denominación se transformó en nombre personal aplicado a los soberanos, ocurrió que han sido diversos los Incas (y sin duda también los reyes Collas) que han llevado ese apelativo; así vemos que lo llevó Yahuar Huacac en las listas "cortas" en donde al padre de Huiracocha se lo llama Pachacuti Yupanqui (esto si no es una mala escritura y no se trata del mismo Huiracocha), luego lo llevó Huiracocha, también Inca Yupanqui y finalmente Tupac Yupanqui, así como después de la conquista el Virrey Toledo fue llamado Pachacutec por los indígenas, sin que mediaran, por cierto, 500 años de diferencia con el último *Pachacuti-catástrofe*, pasado, según la cuenta de Imbelloni.

Hallamos todavía, al final de las conclusiones de Imbelloni, otro párrafo importante que merece una transcripción y un comentario:

"En lo que respecta al juicio del escritor español Pí y Margall (*Hist. General de América*, tomo I, pág. 329) y del peruano Riva Agüero (*La historia en el Perú*, pág. 112) que 'poco importa que no podemos señalar con certeza lo que hizo y la tierra que ganó cada inca y las leyes que de cada reinado provienen, ya que los hechos esenciales de la existencia del imperio no son conocidos con suficiente exactitud', me permito expresar mi abierta desconformidad. Ese juicio revela la más absoluta prescindencia de las civilizaciones preincaicas. Afirmo, en cambio, que ningún peruano es capaz, con los medios que actualmente poseemos, de aislar con 'suficiente exactitud' el aporte de la época propiamente incaica en las contradictorias noticias sobre consuetudes, ritual, disposiciones legales, etc., que trae la narración tradicional. . ." (Página 271.)

Pí y Margall y Riva Agüero no hicieron más que repetir una frase insolente y desafiante de Garcilaso, pero lo que aquí nos importa es que si esa frase, repetida por esos dos autores, "*revela la más absoluta prescindencia de las civilizaciones preincaicas*", cosa que no dudamos, nos preguntamos ahora si en la extensa obra de Imbelloni no se ha prescindido también en forma absoluta de las civilizaciones preincaicas? El haber tra-

tado extensamente de una mitología en la que aparezcan fechas míticas referentes a épocas remotas y totalmente ilusorias, por más que a veces se le hayan “enviado” prestados sucesos reales más recientes, no significa haber tratado para nada a las civilizaciones preincaicas. Ni una palabra sobre Tiahuanaco, sobre el Reino Colla, sobre las civilizaciones de la Costa o, incluso, sobre la misma arqueología del Cuzco incaico e inmediatamente preincaico, hallamos en la obra de Imbelloni.

12. VALOR DEL APORTE DE IMBELLONI EN LA HISTORIA INCAICA.—En conjunto, la obra de Imbelloni sobre Pachacutec IX deja una impresión extraña; sin duda nos muestra claramente la debilidad de la historia Incaica tradicional y nos aclara el complejo problema de la serie larga en la lista de los cien monarcas de Montesinos, colocándola como corresponde en una concepción sobre las pasadas edades del mundo, en correspondencia con Huaman Poma y demás. Pero ¿en qué nos modifica la imagen común existente sobre el Imperio Incaico?

No hallamos allí ninguna tentativa de resolver uno solo de los problemas que nos presenta la historia Incaica. Todo lo más que llega a decirnos el autor es que sin duda la versión histórica de Garcilaso sobre los Incas, debe ser substituida por las otras del tipo de las de Betanzos, Cieza, etcétera, en donde el comienzo de esa cultura tiene más modestos alcances. Más sobre la historia Incaica no hay, aunque reconocemos que no corresponde un reproche pues Imbelloni no pretendió darlo.

Tan falta una imagen de lo que fue la historia Incaica, que, en el momento histórico que más se pretende tratar, el de la “Crisis de 1435”, no llegamos a darnos cuenta de lo que para Imbelloni era el Imperio Incaico entonces, si ya un Imperio con cerca de un millón de kilómetros de extensión como lo presenta Garcilaso o si la modesta capital de un señorío que comprendía escasamente cinco mil kilómetros, como aparece en otras fuentes. La misma guerra Chanca no queda claro si existió realmente o si debemos contarla entre los hechos míticos.

Esto en cuanto a crítica de la parte histórica. Respecto al examen crítico que hace de la parte de las Edades míticas del mundo, debemos reconocer que allí ha profundizado como ningún otro autor lo pudo hacer hasta ahora en esta historia; ello a pesar de la incomprensión que muestra para algunas fórmulas numéricas, como el 80 de la primera serie, que refleja una forma de contar por veintes (en Maya-Quiché *o-much*, un ochenta; en quichua *huj sara*, un ochenta), y la cuenta final en donde se procura llegar a *la centena* y para ello se transforman *en personas* a los pachacuti-catástrofes. También, falla abiertamente en la comprensión del comienzo de la V Edad, que busca en hechos históricos recientes en vez de advertir su totalidad mítica originaria.

Su aumento del número de los Incas históricos “oficiales” de 11 o 12 a 18 no lo consideramos muy acertado, aunque hay que reconocer que

dentro de su sistema interpretativo forma un algo “necesario”, de lo que no puede prescindir. En cuanto a su presentación del problema de la “duplicación” de los Incas en la lista “oficial”, aunque tiene el hecho fundamental de haberlo planteado, adolece de errores que se explican y comprende por su posición de *pioneer* en esto; su falla principal allí consiste en querer igualar a Lluqui Yupanqui con Pachacutec Inca Yupanqui, y a Capac Yupanqui con Tupac Yupanqui, sin advertir que entre Lluqui Yupanqui y Capac Yupanqui existe un monarca intermedio (Mayta Capac), que queda sin ubicación, y que entre Pachacutec y Tupac Yupanqui la relación es de padre a hijo.

Tampoco se da cuenta aquí, que la duplicación primera, la originaria, sobre la cual puede haber habido después numerosos agregados, tuvo que ocurrir en tiempos de Pachacutec Inca Yupanqui y entonces no pudieron existir en ella sucesos posteriores, como lo son las conquistas de Tupac Yupanqui, y precisamente eso es lo que ocurre con toda claridad. En el mismo Garcilaso Capac Yupanqui nos presenta una serie de hechos provenientes de la historia de Pachacutec, y ninguno de la de Tupac Yupanqui.

Particularmente débil queda la atribución de que los Incas, sus *amautas* y *quiñucamayocs*, siguiesen creyendo en la doctrina de las Edades hasta una época reciente; propiamente debemos interpretar que con la creación de la historia “oficial”, en tiempo de Pachacutec, quedó no sólo eliminada sino prohibida esa historia de las edades anteriores, razón por la cual tan pocos autores nos hablan de ellas y aún así sólo son autores que han recogido sus datos en lugares provincianos, no en la capital.

Imbelloni tiene en el conjunto de su obra un punto fundamental para su reconstrucción histórica; se trata de la fecha y cifra de quinientos años para el comienzo de los Incas, cifra que forma un ciclo que terminaba al final del reinado de Huiracocha. Esta cifra resulta no sólo de los cómputos de la lista larga de Montesinos, sino también de las cifras directas de Blas Valera, Balboa, Oliva, Santa Clara, etc., de modo que en conjunto está bastante bien sostenida, aunque no la consideramos totalmente probada.

Imbelloni no se ha dado cuenta de lo que significa esa cifra en la arqueología de la región Andina, y consecuentemente no hace la menor reflexión sobre ello. Pero, con esa cifra, no sólo se rebasa el período en el cual se ha supuesto estar la época de las míticas *behetriás* sino que se llega directamente a la época en que todavía existía la civilización de Tiahuanaco en su tercer período; incluso, para los conocimientos existentes en el momento en que Imbelloni escribía, esa época sería directamente la de la gran expansión tiahuanacota.

Nos toca, ahora, examinar detenidamente eso.